

Tengo, puedo afirmar, casi de nacimiento, vocación de propagandista, quiero decir que me gusta apasionadamente aprender y que en cuanto he logrado saber algo, no me deja vivir tranquila mi deseo de comunicar lo que sé a los que ignoran.

Una mujer por caminos de España, MARÍA LEJARRAGA

Socialismo y feminismo: la pedagogía de María Lejárraga¹

Francisco Fuster García

Francisco Fuster García es licenciado en Historia y Becario FPI de la Conselleria d'Educació de la Generalitat Valenciana en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia.

Si acaso pervive en la historia del socialismo español una figura desconocida para el gran público, esa es sin lugar a dudas la de María de la O Lejárraga García (1874-1974), mujer en cuya personalidad se aunaron como en ninguna otra dos corrientes de pensamiento y de acción que habrían de marcar su intensa y prolongada peripecia vital: socialismo y feminismo.

Tratar de encontrar los motivos de este injustificado olvido nos supondría tener que remontarnos en el tiempo hasta una época –el final de la dictadura franquista y el inicio de la Transición– en la que la izquierda española empezó a recuperar y ensalzar a sus referentes y mártires del pasado, rindiéndoles un merecido homenaje del que dejaron huérfana a Lejárraga. No ha sido hasta tiempos muy recientes, que la historiografía española ha abordado el estudio de su vida y obra. Así, se han escrito en los últimos quince años varias biografías² y estudios monográficos por parte de algunos especialistas, se han celebrado congresos en torno a su polifacética figura,³ y por último, se ha reeditado buena parte de su extensa obra literaria, incluyendo sus dos autobiografías inéditas hasta ahora en España.⁴ Una creciente literatura que se ha centrado sobre todo en el que quizá sea el aspecto más sangrante e incomprensible –y por ello más llamativo y sorprendente– de la existencia de María: el hecho de que firmara casi la totalidad de su obra con el nombre de su marido, el dramaturgo Gregorio Martínez Sierra. El asunto de la autoría y las razones que empujaron a María a usar un pseudónimo ha generado hasta la fecha ríos de tinta. Muchos son los investigadores que han indagado en la personalidad de María Lejárraga tratando de encontrar esa causa primera que la condenó a un silencio voluntario en vida durante su matrimonio y a un calvario horrible cuando ya muerto Gregorio, tuvo que pleitear para conseguir los derechos de autor que le permitieran siquiera sobrevivir en el exilio.

No es mi intención volver sobre estos aspectos más conocidos. Me centraré, por el contrario, en la que tal vez sea la faceta más inexplorada: su llegada al socialismo español y su trayectoria política dentro del mismo. Con tal fin, convendrá acercarse antes a su papel dentro del asociacionismo cívico femenino durante la Segunda República y en años precedentes; y por otra parte, también, conocer su función dentro del incipiente feminismo español del primer tercio del siglo xx, ora como una de sus principales teóricas, ora como una de sus más activas militantes. Son estos dos aspectos –feminismo y asociacionismo–, que van unidos indeliblemente a esa vertiente menos conocida de Lejárraga: su dedicación vital al socialismo.

1. Este trabajo se enmarca dentro del proyecto «Las mujeres en los contenidos de la Enseñanza Secundaria Obligatoria» (PET2008-0293), concedido por el Ministerio de Ciencia e Innovación y dirigido por el profesor Ángel López García-Molins. Quiero expresar mi agradecimiento al profesor Justo Serna, por su lectura atenta del texto y por sus sugerencias.

2. Alda Blanco, *María Martínez Sierra (1874-1974)*, Madrid, Ediciones del Orto, 1999; Rodrigo, A., *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Madrid, Algaba Ediciones, 2005.

3. Juan Aguilera y Rosa Herrero (eds.), *Homenaje del Ateneo Riojano a María de la O Lejárraga (María Martínez Sierra, 1874-1984)*, Logroño, Ateneo Riojano, 1995; Jaun Aguilera (coord.), *María Martínez Sierra y la República: ilusión y compromiso. Actas de las II Jornadas sobre María Lejárraga*, Logroño, 23-25 de octubre y 6-8 de noviembre de 2001, Logroño, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, 2002.

4. María Lejárraga, *Una mujer por caminos de España* [Introducción de Alda Blanco], Madrid, Castilla-Instituto de la Mujer, 1989; Lejárraga, M., *Gregorio y yo: medio siglo de colaboración* [Prólogo de Alda Blanco], Valencia, Pre-Textos, 2000.

FEMINISTA POR NATURALEZA

Si quisiéramos datar en una fecha concreta, la aparición de la inquietud feminista en María Lejárraga, habría que acudir sin vacilar al mismo día en que tuvo uso de razón, puesto que no fue el suyo como el de otras, un feminismo de conveniencia, sino más bien un feminismo por convicción. No fue la adhesión oportunista a una moda, ni la venganza acomplejada por el hecho de haber nacido mujer. Fue mucho más complejo, o quién sabe si más sencillo. Lejárraga fue simplemente una feminista convencida que, lejos de pensar en el feminismo como un discurso deseable para la mujer, lo concebía sencillamente como el único posible:

Y no se avergüencen ustedes de la pelea, no les dé rubor proclamarse de una vez para siempre feministas. Están ustedes obligadas a serlo por ley de naturaleza. Una mujer que no fuese feminista sería un absurdo tan grande como un militar que no fuese militarista o como un rey que no fuese monárquico.⁵

El feminismo fue para ella algo normal y natural, apreciable e incluso exigible en toda mujer. No se trataba el suyo de un feminismo complejo y artificioso de difícil aprehensión. Fueron valores universales como la justicia humana, la igualdad social y el perfeccionamiento moral, los que la llevaron a luchar durante toda su vida por defender los principios de un feminismo de la igualdad, que ella misma supo definir mejor que nadie en su esencia:

El feminismo quiere sencillamente que las mujeres alcancen la plenitud de su vida, es decir, que tengan los mismos derechos y los mismos deberes que los hombres, que gobiernen el mundo a medias con ellos, ya que a medias le pueblan, y que en perfecta colaboración procuren su felicidad propia y mutua y el perfeccionamiento de la especie humana. Pretende que lleven ellas y ellos una vida serena, fundada en la mutua tolerancia que cabe entre iguales, no en la rencorosa y degradante sumisión del que es menos, opuesta a la egoísta tiranía del que cree ser más.⁶

Lejárraga se desveló sobre todo por evitar la perpetuación en la mentalidad de la mujer española de ese tópico inveterado que tendía a disociar feminidad y feminismo, como valores opuestos y excluyentes. Lo propio de la mujer femenina –atendiendo a esta imagen antigua y tradicional– era la aceptación abnegada de unos principios preestablecidos, según los cuales, la mujer debía permanecer en la esfera privada y doméstica, al cuidado del hogar y la familia; y por supuesto, sin preocuparse ni ocuparse del ámbito de lo político y lo público, propio y distintivo del varón ilustrado y racional. Frente a ese discurso patriarcal que trató de convertir a las feministas en mujeres reprimidas, depravadas e histéricas carentes de toda feminidad y decoro, María trató de hacer ver lo contrario:

Pero, dirán ustedes, ¿no es el feminismo una doctrina desaforada, un sueño histórico de pobres solteronas feas, que desfogan la dolorosa ira de no haber encontrado puesto en la mesa del banquete de amor, rompiendo cristales a pedradas y reclamando a gritos por las calles el derecho a votar como los hombres? [...] No señoras mías; no por cierto. Todas esas absurdas ideas sobre feminismo son mentiras bonitas que les dicen a ustedes los hombres, con un poco de mala fe, porque les conviene que sigan ustedes en santa ignorancia, haciendo su papel de muñecas graciosas e irresponsables; que tengan ustedes caprichos, para que no puedan ustedes tener voluntad; que sean ustedes inconscientes, para que la conciencia no les obligue a ustedes a pedirles a ellos cuentas un poco demasiado estrechas.⁷

Este embrionario feminismo español del primer tercio del siglo XX, comienza como todos los feminismos, con una serie de preocupaciones educativas –atajar el problema

5. María Lejárraga, «De feminismo» (1917) en Blanco, A. (edit.), *A las mujeres: Ensayos feministas de María Martínez Sierra*, Logroño, Gobierno de la Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, 2003, pág. 96.

6. *Ibidem*, pág. 88.

7. *Ibidem*, págs. 87-88.

del analfabetismo femenino– y sociales –ganar para la mujer un lugar digno en la sociedad–, para hacerse con el tiempo político, a través de la lucha por la igualdad legal, simbolizada en última instancia en la querrela por el sufragio durante la Segunda República. Es en el marco de este primer feminismo en el que se inscribe la figura de María Lejárraga como una de las más preeminentes, tanto como teórica del movimiento,⁸ como también por su infatigable empeño en poner en práctica este ideario.

LA UNIÓN HACE LA FUERZA

María Lejárraga encontró desde muy joven en el asociacionismo femenino, la forma de conjugar sus intereses feministas y socialistas. Y lo hizo tanto desde dentro de su partido –el Partido Socialista Obrero Español– como, especialmente, en diferentes asociaciones cívicas de las que formó parte. El asociacionismo femenino –de igual modo que había sucedido con el feminismo– llegó con retraso a la España del siglo xx, si lo comparamos con la situación de otros países europeos (Francia, Gran Bretaña) o de Estados Unidos, lugares donde era un fenómeno importante ya en el siglo xix.

El carácter conservador de la sociedad española, unido al peso del tradicionalismo católico y a la penuria económica generalizada, son factores más que suficientes para explicar una impermeabilidad ideológica que dificultó la llegada a nuestro país de corrientes que pudieran implicar una alteración del orden político y social establecido. Por otra parte y como ha señalado muy bien M. J. Matilla, era muy débil la implantación social de la demanda sufragista:

La escasa fuerza que tenía aún la lucha por el voto, y su escaso eco en la sociedad y en las Cortes hizo que el asociacionismo femenino derivara hacia reivindicaciones sociales y a trabajar por la elevación de la cultura femenina para, en su segundo paso, abordar los problemas políticos.⁹

Consciente desde el principio de la escasa presencia de mujeres en los partidos (ella misma entró a formar parte del PSOE en 1931, pese a que toda la vida se sintió socialista), Lejárraga asumió con responsabilidad la tarea de potenciar un asociacionismo cívico al margen de los partidos y las ideologías. Excepción hecha de las pocas mujeres formadas y con una ideología más o menos definida, existía una masa creciente de mujeres de clase media sin afiliación política o sindical, cuyos deseos de crear unos lazos de solidaridad y ayuda mutua, debían ser canalizados y puestos en orden.

Para Lejárraga, el asociacionismo se debía marcar como objetivo prioritario la creación de lugares de encuentro y sociabilidad, espacios que permitieran llevar a cabo todo tipo de actividades culturales (conferencias, cursos, teatro...) e, incluso llegado el caso, servir como medios de propaganda para difundir las ideas feministas más avanzadas, como paso previo a su discusión en el ámbito de cada partido. Pensaba, además, que debían dirigirse especialmente a las mujeres de clase media –como la propia Lejárraga, hija un médico de pueblo y de una madre dedicada al cuidado y educación de siete hijos– con posibilidad de acceder a la cultura y sin la autocomplacencia elitista de las mujeres de clase alta.

El primer contacto directo de María Lejárraga con el asociacionismo se produce en 1918, cuando la marquesa del Ter funda la UME (Unión de Mujeres de España) y contacta con ella para que se encargue de la dirección efectiva de la asociación. Un año después de la fundación de la UME, Lejárraga fue nombrada secretaria del Comité Español de la

8. María Lejárraga es autora de un total de cinco volúmenes de ensayos feministas, todos ellos escritos en forma epistolar y dirigidos a las mujeres españolas: *Cartas a las mujeres de España* (1916), *Feminismo, feminidad, españolismo* (1917), *La mujer moderna* (1920), *Nuevas cartas a las mujeres de España* (1932) y *Cartas a las mujeres de América* (1941).

9. María Jesús Matilla, «María Lejárraga y el asociacionismo femenino. 1900-1936», en Juan Aguilera (coord.), *María Martínez Sierra y la República: ilusión y compromiso. Actas de las II Jornadas sobre María Lejárraga, Logroño, 23-25 de octubre y 6-8 de noviembre de 2001*, Logroño, Gobierno de La Rioja, Instituto de Estudios Riojanos, 2002, pág. 89.

Alianza Internacional para el Sufragio de la Mujer (IWSA), que tenía previsto la celebración de un congreso en Madrid para el año 1920, que finalmente se trasladó a Ginebra.

En los años siguientes, colaboró con la Agrupación Femenina Socialista (AFS) madrileña en la labor de oposición a Primo de Rivera y formó parte del grupo que, bajo la dirección de la pedagoga María de Maeztu, creó el *Lyceum Club* en 1926, como un club exclusivo para las mujeres y abierto en principio a todas las tendencias políticas. Sin embargo, el espíritu demasiado elitista del club no respondía a los intereses inmediatos de Lejárraga, quien siempre se mostró partidaria de un enfoque más social y didáctico, que respondiera mejor a las inquietudes de las madrileñas de clase media, privadas de un espacio propio para su formación. Este espacio vacío, que quedaba dentro del espectro del asociacionismo femenino español a principios de la década de los treinta, fue el que intentó cubrir María Lejárraga con la fundación el 1931 de la Asociación Femenina de Educación Cívica (AFEC), conocida por sus socias como «la Cívica». El objetivo que se planteó con la creación de «la Cívica» no podía ser otro que el de fomentar la cultura en la mujer de clase media e inculcar en ella una conciencia de responsabilidad ciudadana. Era una asociación sin ningún tipo de exigencia, abierta a toda mujer dispuesta a elevarse por medio de la cultura.

Y es que por encima de su afán feminista e incluso de su sentimiento socialista, se hallaba la vocación de Lejárraga como pedagoga y su confianza en la educación como instrumento de socialización y en la cultura como un camino hacia la perfectibilidad humana, en un país que adolecía del peor de los males según ella: un analfabetismo extendido y una ignorancia endémica que tantas veces denunció y que tanto trató de combatir:

España es atrasada por ignorante. Todo hubiera podido aprenderlo y lo ignora todo. Cada gobierno elige, consciente o inconscientemente, un instrumento de tiranía. Los que han venido gobernando España desde que las dinastías reinantes llegaron de fuera, no han considerado esta tierra adventicia como huerto propio que hay que cultivar sino como cantera ajena que es menester explotar. Y, para explotar a gusto y a mansalva, lo mejor es cegar las fuentes del pensamiento. Durante siglos, se ha organizado la ignorancia sistemáticamente.¹⁰

10. María Lejárraga, *Una mujer por caminos de España* [Introducción de Alda Blanco], Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1989, pág. 95.

UNA VIDA POR Y PARA EL SOCIALISMO

En su libro de memorias como propagandista –*Una mujer por caminos de España*– recuerda María Lejárraga cómo a la edad de doce o trece años acudía a casa de unos vecinos donde el mismo Pablo Iglesias acostumbraba a reunirse con los niños del barrio para cantar. En esa casa vecina del Carabanchel Bajo de su infancia, con dos fotografías de Marx y Engels colgadas de la pared, escuchó por primera vez María Lejárraga la palabra «socialismo». Ese contacto prematuro generó en ella sus primeras dudas: ¿qué era el socialismo?, ¿qué lo diferenciaba de la república?, ¿por qué existía la desigualdad social en el mundo?

Fue en su etapa como Maestra de Primera Enseñanza Superior en la Escuela Modelo de Madrid, entre 1897 y 1907, cuando conoció esas respuestas que había buscado años antes. Es patético y desgarrador el testimonio de Lejárraga cuando muchos años después aún recordaba el sufrimiento y la impresión que le causó la miseria humana vivida en primera persona:

Fui en mi juventud, de los veintitrés a los treinta y tres, maestra de escuela en uno de los barrios populares de Madrid y conocí a fondo, a través de su chiquillería, la miseria negra del proleta-

riado madrileño de entonces. Recuerdo que una vez propuse a mis alumnas, chiquillas de siete a catorce años, el tema de composición siguiente: «¿Qué quisieras hacer tú durante un día entero para ser completamente feliz?» Y recuerdo también – y el corazón se me desgarró al recordarlo – que el setenta por ciento de los concursantes respondieron: «Yo iría al café y comería 'bisté' con patatas». «Yo iría de merienda y comería filetes empanados, y merluza frita, y flan de postre». «Yo comería jamón y tortilla y chuletas y muchos pasteles». Aún guardaba, cuando empezó la guerra civil española, los pliegos ya amarillentos de papel escolar en que, con mala letra y vacilante ortografía, la niñez madrileña había confesado su hambre, porque, ¿qué otra cosa sino hambre cotidiana y sin esperanza puede significar el que las imaginaciones infantiles identifiquen la soñada felicidad con un *beefsteak*, un filete o una chuleta?¹¹

11. *Ibidem*, págs. 81-82.

Esto nos convence de que, como ella misma dice, fue el ambiente social en el que ejerció su profesión el que la empujó por la senda del socialismo:

Digo, pues, que he venido al socialismo por mera realización de la miseria ambiente: lo cual quiere decir que su doctrina y su filosofía no han influido gran cosa en mi decisión, y que, cuando empecé a «militar en sus filas», filosofía y doctrina me eran desconocidas casi en absoluto.¹²

12. *Ibidem*, pág. 82.

Esta experiencia marcaría toda su trayectoria vital, de tal modo que de ahí en adelante será la idea de justicia, tanto para la mujer como para los trabajadores, una idea recurrente y obsesiva en la obra y la vida de María Lejárraga:

Sin embargo, y quizás sin yo saberlo claramente, pocas son las palabras escritas por mí que no vibren un tanto a impulso del anhelo de un poco de justicia.¹³

13. *Ibidem*, pág. 200.

En 1931, después de muchos años al margen de la política activa, pasará a formar parte del PSOE y a ejercer una intensa carrera como propagandista, narrada años más tarde en su autobiografía. La lectura de *Una mujer por caminos de España* evoca el recuerdo de las infinitas anécdotas que Lejárraga y sus compañeros de partido vivieron a lo largo y ancho de la geografía española, en su particular cruzada contra la ignorancia del pueblo y la manipulación de la derecha. Una aversión enfermiza hacía cualquier signo de novedad o cambio jugaba en contra de Lejárraga, que además de contra la incultura, debía luchar contra la tradición y los prejuicios de una sociedad patriarcal y anquilosada. Uno de esos lugares comunes – perpetuados por la Iglesia y los caciques locales – afirmaba que *mujer* y *política* eran conceptos antagónicos, de tal punto que la simple palabra *política*, debía causar en la mujer decente y femenina, un sentimiento de hostilidad y rechazo natural:

[...] en general la hembra española tiene costumbre de considerar la actividad política como uno de tantos vicios o por lo menos modos de perder el tiempo característicos del varón. Treinta meses escasos de República no han podido curarla de este prejuicio. La gran masa amorfa, la mujer de la clase media provinciana, la mujer que trabaja fuera de la organización sindical, la mujer campesina, no tiene preparación ninguna para ejercer su derecho al voto ni siquiera idea de lo que significa ir a votar.¹⁴

14. *Ibidem*, pág. 124.

Una de las instituciones que más habían hecho por mantener a la mujer confinada en el ámbito doméstico, era sin duda, el clero católico español, garante de ese orden tradicional y reaccionario que no comprendía a esas mujeres obstinadas en formarse culturalmente y, lo que era aún más aberrante, en querer igualarse al hombre a través de su participación activa en la política. Durante el período republicano, cada parroquia de pueblo y cada confesionario devinieron un foco de propaganda ferozmente antirrepublicana:

No es que la mujer sea demasiado cristiana. Su clero la ha dejado durante tantos siglos en tal ignorancia que, a decir verdad, pocas son las españolas que saben lo que dicen al recitar –ellas dicen rezar– el Credo, como si el Credo fuese una oración al igual que el Padre Nuestro. El único deber

15. *Ibidem*, pág. 125.

religioso universalmente comprendido por el devoto sexo femenino español es asentir a lo que dice el cura. El «Amén» es el ancla de salvación. Comprender o saber qué se siente está de más, y hasta puede comprometer la felicidad eterna.¹⁵

Frente a este intento del clero y las derechas por mantener a la mujer al margen, o incluso mejor, por ganar su voto para acabar con la República, Lejárraga no pudo usar otras armas que las de su propia convicción en el poder de la razón y la educación. Durante sus viajes como propagandista, era obligada la visita a la Casa del Pueblo local, para impartir una conferencia o simplemente para charlar con los obreros que allí se reunían:

Porque la verdadera y gran labor de las Casas del Pueblo no ha sido –con ser tanto– el agrupar a los miserables ni el enseñarles a juntar las voces para pedir justicia; ha sido el sacarles de su silencio espiritual, de su cárcel de auto-ignorancia, de su incapacidad de formular ante sí mismos su propia existencia y su propio agravio; alumbradoras de fuentes ocultas, horadoras de pozos fondos, buceadoras en tenebrosos mares...¹⁶

16. *Ibidem*, pág. 126.

El hito definitivo en la biografía política de María le llegaría mediado el mes de octubre del 1933. El reposo en su refugio de Cagnes-sur-Mer es alterado por la llegada de un telegrama anunciándole que el Partido Socialista de Granada la había propuesto como candidata a diputada en las siguientes elecciones a Cortes. Tras la vacilación inicial por el efecto desconcertante de la sorpresa y por la pereza que representa el abandono de toda rutina establecida, Lejárraga resuelve aceptar el ofrecimiento y no desoye la llamada de un partido que la necesita.

Empezada la campaña, el objetivo de todo el mundo fue inequívoco: captar a toda costa el voto de la mujer, ese sujeto histórico que por primera vez en España participaba en unas elecciones y lo hacía representando a una fuerza que se antojaba decisiva para el resultado final. No tardó en instalarse en el ambiente electoral de la época el rumor de que el voto de la mujer –bien fuera por obediencia al marido, bien por observancia religiosa de lo que decía el cura–¹⁷ caería irremisiblemente del lado de la derecha, como ya habían presagiado algunos durante el debate por el sufragio en las Cortes. Sin embargo, Lejárraga no aceptó nunca esta relación causa-efecto como cierta y antepuso su confianza en la capacidad de decisión de la mujer, aunque, eso sí, reconociendo que ésta podía guiarse por sus intereses más inmediatos –al igual que los hombres– y que estos no tenían por qué coincidir con los del socialismo:

17. Para el tema de la influencia de la Iglesia española sobre la opinión de la mujer; *vid.* el estudio de Manuel Delgado, *Las palabras de otro hombre: anticlericalismo y misoginia*, Barcelona, Muchnik, 1993.

[...] No estoy conforme con ese miedo a la inclinación derechista de la mujer. Es un miedo fantasma. Yo no creo en el *derechismo fundamental* de la mujer. Puede haber en algunos sufragios femeninos algo que sea reflejo de prejuicios religiosos, de imposiciones confesionales; pero poco, muy poco. En nuestro país el pueblo es muy escéptico; España ha sido un país clerical, pero nunca religioso. La mujer votará inspirada por un sentido realista. Votará lo que le parezca que debe ser. En vez de sentir agradecimiento a la República, dominará en ella la necesidad de vencer al adversario. Es decir, el interés sobre todo.¹⁸

18. Nicolás G. Domingo, «María Martínez Sierra, candidata socialista, no cree en el derecho fundamental de la mujer», en *El Defensor de Granada*, 10-11-1933, pág. 1; citado en Antonina Rodrigo, *María Lejárraga, una mujer en la sombra*, Madrid, Algaba Ediciones, 2005, pág. 274.

Lejos de buscar excusas y justificaciones, dedicó sus esfuerzos a la ingente tarea de explicar y enseñar el socialismo a quienes ni siquiera sabían lo que era el derecho al voto. Una vez visto el resultado de las elecciones, con la victoria de la derecha conservadora y la formación de la coalición radical-cedista, más de uno se planteó la conjetura: qué habría pasado si no hubieran votado las mujeres...

19. Solamente hubo cinco diputadas durante esta segunda legislatura. Además de María Lejárraga en Granada, fueron elegidas: Margarita Nelken en Badajoz, Matilde de la Torre y Venerada García en Oviedo, y Francisca Bohigas en León.

Lejárraga obtuvo su escaño en las Cortes con más de 26.000 votos.¹⁹ Durante el período en que actuó como diputada, destacó como la más activa de las parlamentarias, siendo

una de las que más ruegos formuló a la Cámara y la que más enmiendas y proposiciones de ley defendió. Las elecciones de febrero del 1936 se presentaban como una ocasión perfecta para reorientar la República hacia la izquierda. La campaña electoral del Frente Popular exigió la implicación de todo el mundo, de forma que Lejárraga tuvo que bajar de las alturas de ese escaño que había ocupado y volver a la arena de los mítines de pueblo. Lo que vino después ya lo sabemos todos. La alegría por el triunfo del Frente Popular –con una decisiva participación de la mujer– duró justo cinco meses, los que transcurrieron entre el 16 de febrero y el 17 de julio del 1936, día en que Lejárraga recibió la noticia de la sublevación del ejército en Marruecos.

Su recelo inicial ante la noticia, dejó paso muy pronto al desasosiego por la tragedia que barruntaba. El apoyo que recibió el bando sublevado y la indecisión del ejecutivo republicano asestaron el golpe de gracia a la ya de por sí maltrecha estabilidad de la República. Esfumada la que había sido en palabras de la propia Lejárraga, «la alegría más grande de mi vida», acabó con ella la trayectoria política de la fue –además de una gran teórica del feminismo español– figura cabal en la historia de la izquierda española en general y del PSOE en particular. Poseedora de una vastísima cultura, ahí está su ingente obra literaria –y, ante todo, su innata predisposición al aprendizaje vital y al cometido pedagógico de tratar de enseñar a todo aquel que estuviera dispuesto a aprender:

Todas esas palabras que os asustan, mujeres, porque creéis que son mera política y que os van a perder –¿qué más perdición que perecer de hambre?–, todas esas palabras que os quieren enseñar vuestros hombres y que recibís con rencorosa hostilidad: socialismo, solidaridad, cooperación, unión, quieren decir eso, sencillamente eso, eso es ni más ni menos, juntarse y apoyarse unos en otros, poner en acervo común, pobre montón para empezar, pero que irá creciendo, lo poco que se tiene, la miseria de todos. Eso es socialismo, ésa es la nueva luz de vuestra vida: juntarse y aprender, aprender cada día, aprender siempre.²⁰

Muy pocos han sido hasta la fecha, los que han entendido y definido lo que es la esencia del socialismo y del feminismo, mejor de lo que hizo durante sus casi cien años de vida María de la O Lejárraga García. ■

20. Lejárraga, M., *Una mujer por caminos de España*, Madrid, Castalia-Instituto de la Mujer, 1989, pág. 88.